

EDITORIAL

Recuerdo que durante la dictadura de Franco —sólo el decirlo me hubiera llevado a la cárcel y hoy está en boca de los ministros— la ideología dominante estaba clarísima. Nada se podía hacer ni decir sin permiso de la jerarquía; y la jerarquía era clara y visible. No cabía el engaño.

Otra realidad curiosa de esos cuarenta años, que por desgracia han sido toda mi vida hasta hoy, es que el programa político de la dictadura no partía de supuestos propios, sino que se abastecía del anticomunismo y elaboraba su programa diciendo qué era lo que no se podía hacer.

En la actualidad los ríos andan revueltos y las gentes no sabemos con frecuencia por dónde se encuentra el norte. Los partidos conceden y pactan perdiendo su rigor ideológico para desdramatizar la imagen que de ellos se tiene, pactan y prevarican; los dirigentes de facto siguen siendo hijos del régimen que sólo hoy vituperan y condenan. Algo así como «yo he sido falangista de toda la vida, pero demócrata como el primero».

En la oposición se intenta descubrir la verdad universal e imponerla. Quien no está conmigo, está contra mí. Hay que crear un orden nuevo. Hemos de partir de cero. Nada de cuanto se ha hecho está bien. Nada sirve. Nuestro panorama profesional está integrado por patriarcas en declive, santones iluminados por el faro de la antipsiquiatría, psiquiatrillas, aficionados y afines y... por algún que otro psiquiatra. Nadie olvide nada. Podría ser peligroso. Pero sobre todo, que nadie olvide que las teorías encuentran su refrendo a condición de que se apoyen en el trabajo crítico y cotidiano, jamás en las tertulias de café ni en la palabrería vana.